



**Nuevas perspectivas de investigación en  
Historia Moderna:  
Economía, Sociedad, Política y Cultura en el  
Mundo Hispánico**

**M<sup>a</sup> Ángeles Pérez Samper y José Luis Betrán Moya  
(eds.)**

**Nuevas perspectivas de investigación  
en Historia Moderna:  
Economía, Sociedad, Política y Cultura en el Mundo  
Hispanico**

**M<sup>a</sup> Ángeles Pérez Samper y José Luis Betrán Moya  
(eds.)**

ISBN: 978-84-949424-0-2



© Los autores

© De esta edición: Fundación Española de Historia Moderna, Madrid, 2018.

Editores: M<sup>a</sup> Ángeles Pérez Samper y José Luis Betrán Moya.

Colaboradores: Alfonso Calderón Argelich y Francisco Fernández Izquierdo

Fotografía de cubierta: Vista de Barcelona, de Anton van den Wyngaerde (1535).



# Créditos

## DIRECTORES

María Ángeles Pérez Samper • José Luis Betrán Moya

## SECRETARIOS

Alfonso Calderón Argelich • Iván Jurado Revaliente • María Aguilera Fernández • Ricard Torra Prat  
• Cristian Palomo Reina • Diego Sola García • Isaac García-Oses • Iván Gracia Arnau

## COMITÉ CIENTÍFICO

Dr. Eliseo Serrano Martín (Universidad de Zaragoza) • Dr. Juan José Iglesias Ruiz (Universidad de Sevilla) • Dr. Francisco Fernández Izquierdo (Consejo Superior de Investigaciones Científicas) • Dra. Virginia León Sanz (Universidad Complutense de Madrid) • Dr. Félix Labrador Arroyo (Universidad Rey Juan Carlos) • Dr. Francisco García González (Universidad de Castilla-La Mancha) • Dr. Manuel Peña Díaz (Universidad de Córdoba) • Dra. Ángela Atienza López (Universidad de La Rioja) • Dr. José Luis Betrán Moya (Universidad Autónoma de Barcelona) • Máximo García Fernández (Universidad de Valladolid) • Antonio Jiménez Estrella (Universidad de Granada)

## COMITÉ ORGANIZADOR

Ricardo García Cárcel (UAB) • Doris Moreno Martínez (UAB) • Bernat Hernández Hernández (UAB) •  
Jaume Dantí Riu (UB)

## EVALUADORES

Dra. Rosa María Alabrús Iglesias (Universidad Abad Oliba) • Dra. Ángela Atienza López (Universidad de la Rioja) • Dr. José Luis Betrán Moya (Universidad Autónoma de Barcelona) • Dra. Mónica Bolufer Peruga (Universidad de Valencia) • Dr. Miguel Ángel de Bunes Ibarra (CSIC) • Dr. Juan Jesús Bravo Caro (Universidad de Málaga) • Dr. Manuel F. Fernández Chaves (Universidad de Sevilla) • Dr. Máximo García Fernández (Universidad de Valladolid) • Dra. María Soledad Gómez Navarro (Universidad de Córdoba) • Dr. Ricardo García Cárcel (Universidad Autónoma de Barcelona) • Dr. José Ignacio Gómez Zorraquino (Universidad de Zaragoza) • Dr. Miguel Fernando Gómez Vozmediano (Universidad Carlos III) • Dr. Juan Hernández Franco (Universidad de Murcia) • Dr. Manuel Herrero Sánchez (Universidad Pablo de Olavide) • Dr. Juan José Iglesias Rodríguez (Universidad de Sevilla) • Dra. María del Carmen Irlés Vicente (Universidad de Alicante) • Dr. Josep Juan Vidal (Universidad de Mallorca) • Dr. José Manuel Latorre Ciria (Universidad de Zaragoza) • Dra. Virginia León Sanz (Universidad Complutense de Madrid) • Dra. M<sup>a</sup> Victoria López-Cordón Cortezo (Universidad Complutense de Madrid) • Dr. Miguel Luis López-Guadalupe Muñoz (Universidad de Granada) • Dr. Roberto López Vela (Universidad de Cantabria) • Dr. Tomás Antonio Mantecón Movellán (Universidad de Cantabria) • Dr. José Martínez Millán (Universidad Autónoma de Madrid) • Dr. Miquel Àngel Martínez Rodríguez (Universidad de Barcelona) • Dr. Miguel Ángel Melón Jiménez (Universidad de Extremadura) • Dr. Juan Francisco Pardo Molero (Universidad de Valencia) • Dr. José Pardo Tomás (CSIC) • Dra. María José de la Pascua Sánchez (Universidad de Cádiz) • Dr. Manuel Peña Díaz (Universidad de Córdoba) • Dr. María José Pérez Álvarez (Universidad Autónoma de Madrid) • Dr. Rafael M. Pérez García (Universidad de Sevilla) • Dra. María Ángeles Pérez Samper (Universidad de Barcelona) • Dr. Juan Postigo Vidal (Universidad de Zaragoza) • Dra. Ofelia Rey Castelao (Universidad de Santiago de Compostela) • Dr. Manuel Rivero Rodríguez (Universidad Autónoma de Madrid) • Dr. José Javier Ruiz Ibáñez (Universidad de Murcia) • Dr. Porfirio Sanz Camañes (Universidad de Castilla - La Mancha) • Dra. Margarita Torremocha Hernández (Universidad de Valladolid) • Dr. Xavier Torres i Sans (Universidad de Girona) • Dra. Susana Truchuelo García (Universidad de Cantabria).

# La conversión de la historia a lo social. Perspectivas desde la historiografía del mundo moderno

*The transformation of history into social. Perspectives from the historiography of the early modern world*

Bernat Hernández  
Universitat Autònoma de Barcelona  
ORCID:0000-0001-7014-4956

## RESUMEN:

Balance de la evolución reciente de la historia social, en relación concreta con las contribuciones sobre el mundo hispánico de época moderna de la última década.

## PALABRAS CLAVE:

Historia Social – Historiografía – Historia Moderna – Mundo Hispánico

## ABSTRACT:

Review of the recent evolution of the social history, in relation with the contributions on the Hispanic world in the early modern history of the last decade.

## KEYWORDS:

Social History – Historiography – Early Modern History – Hispanic World

En una consideración de las líneas de trabajo de la historiografía social española de la última década, convendría comenzar por aclarar la etiqueta que va a englobar contribuciones de muy diversa temática y cronología. Hoy día es muy complicado definir concretamente qué es lo «social» en el terreno de las ciencias humanas, como instancia específica distinguida de lo económico, lo político o lo cultural. En un volumen reciente dedicado a la historia de Gran Bretaña entre 1290 y 1834, con voluntad de romper límites cronológicos para primar el proceso sobre el acontecimiento, los conceptos de «economic change» y «population», analizados desde los paradigmas de la historia económica, se conjugan con un tercer elemento, el de «welfare» que permite a los autores del libro colectivo introducirse en los vericuetos de la familia, el individuo y sus relaciones cambiantes con el medio rural, en urbanización o urbano.<sup>1</sup> Esta imposible segmentación de planos de análisis también complica definir con exactitud qué entendemos por «historia social». Creo que todavía son útiles los referentes clásicos para este cometido. George M. Trevelyan definió la historia social, como «la historia de la gente con la política dejada fuera», que nos parece un deslindamiento temático muy radical, aunque marcaba constancia

---

<sup>1</sup>BRIGGS, Chris; KITSON, P. M.; THOMPSON, S. J. (eds.): *Population, Welfare and Economic Change in Britain, 1290-1834*, Woodbridge, Boydell Press, 2014.

de la novedad del enfoque social como característica de la otra forma de hacer historia no puramente factual que comenzó a triunfar hace un siglo. Por el contrario, Lucien Febvre escribiría en 1943 que el adjetivo social, en sí mismo «finalmente no significa prácticamente nada», aunque servía para elaborar un marco de análisis que favorecía una historia abierta y viva. La contraposición con lo político o lo económico, o cualquier otra opción que él consideraba parcial, quedaba más evidente. Al cabo, para Lucien Febvre sólo existía «la historia, *tout court*, que es social íntegramente por definición propia».<sup>2</sup>

Si atendemos al concepto tal como es empleado por la *Revue Historique* desde su fundación en 1876, se pueden concluir cuestiones de interés. Por lo pronto, recurrir a una publicación tan clásica puede sorprender, pero presenta la ventaja de haber mantenido unos consejos de dirección estables y una línea editorial ajena a los vaivenes del mito fundacional de la historia contemporánea representado por los sucesivos *Annales*. La lectura de los sumarios de los números publicados de la *Revue Historique* y, sobre todo, de sus extensas reseñas acaba siendo instructiva de la evolución de la práctica de la historia social y de la propia valoración historiográfica por sus autores o críticos, en una evolución que fue de la norma positivista narrativa hasta desembocar en una disciplina basada en una metodología omnívora del conjunto de ciencias humanas y sociales y una permanente controversia sobre su autoreferencialidad teórica. El final del camino seguido es la multiplicidad de unas «nuevas historias sociales» que vivieron su *boomen* los años sesenta del siglo XX.

Un repaso a la producción bibliográfica de esa época demuestra que la perspectiva social amplió por entonces los temas de investigación de los historiadores que se habían especializado en estudios económicos o políticos. Contribuyó a fortalecer los intercambios entre las ciencias históricas y otras ciencias humanas a manera de eslabón en la consecución de una historia total, estación de término siempre utópicamente declarada por cada generación de historiadores. Declaración puramente imperialista, según se destacara en las mismas páginas de *Revue Historique*, desde donde se advertía asimismo de los riesgos del argot y la desorientación sobrevenida por una mezcolanza de teorías y métodos sin conexión con la generación de nuevos consensos interpretativos. Las limitaciones de la apuesta por la novedad, que se puso de manifiesto en la proliferación de nuevas etiquetas, a veces de matiz imperceptible (historia social de lo político, historia política de lo social), dejó mucho que desear. Por ejemplo en el ámbito de las relaciones entre historia política e historia social, donde los paradigmas de innovación fueron más bien de reescritura sin criterios teóricos.<sup>3</sup> Desde parámetros más radicales que los del comité bibliográfico de *Revue Historique*, también se coincidía en la advertencia sobre determinados saltos al vacío. Se trataba de los diferentes «trajes de color de púrpura» que querían vestir al mismo payaso de siempre o ese «enloquecido rebañar en el cubo de basura de la historia» en la pérdida de referentes de debate historiográfico a causa del surgimiento de investigaciones reiteradas sobre unas mismas problemáticas sin exigencias de originalidad más allá del ámbito

---

<sup>2</sup>En general, el reciente balance recogido en HANDLEY, Sasha; MCWILLIAM, Rohan; NOAKES, Lucy (eds.): *New Directions in Social and Cultural History*, Londres, Bloomsbury Academic, 2018.

<sup>3</sup>GIL PUJOL, Xavier: *Tiempos de política. Perspectivas historiográficas sobre la Europa moderna*, Barcelona, Universitat de Barcelona, 2006, pp. 76-79.

geográfico de estudio, según las provocadoras expresiones de Tony Judt en su artículo de 1979, muy profético para el momento en que fue publicado.<sup>4</sup>

Más adelante, en el marco de la transformación y crisis de las ciencias sociales a fines del siglo XX, la propia corriente de historia social hubo de hacer frente al reto de los nuevos valores historiográficos. Aunque se había dado un proceso de institucionalización a partir del surgimiento de publicaciones especializadas, asociaciones de estudiosos o monográficos de balance en revistas de área, y se contaba con medios de difusión propios, el convertirse en referente para otros campos historiográficos, no pudo evitar cuestionamientos de método y de teoría entre sus postuladores.<sup>5</sup> Del acento sobre las estructuras del mundo del Antiguo Régimen y su relación con los macroprocesos de modernización y civilización, se pasó a una reivindicación del papel de los actores. Esta orientación estaba acorde con un cambio de escala metodológica que había propiciado la microhistoria; y no se quedaba sólo en una nueva manera de escribir la historia, sino que también consolidaba una nueva jerarquía de valores explicativos del cambio social, a través de la promoción de análisis culturales e ideológicos. El peso de lo cultural fue el reflejo sobre la historia social de una tendencia que afectó a toda la historiografía y que convirtió a la historia cultural en una «disciplina encrucijada» a disposición de todas las especializaciones de épocas y espacios.<sup>6</sup>

Por supuesto que este panorama de la historiografía general tuvo su correlato en el ámbito español, donde se experimentó esa preponderancia sucesiva de lo social y la posterior hegemonía de lo cultural, para asistir en los últimos años a un renacimiento de la historia social, que queda de manifiesto en los contenidos de este volumen. Es difícil encontrar algún capítulo de las secciones del coloquio elaborado sin el concurso de los enfoques de la historia social. La historia social es un acercamiento que trasciende toda especialización. Como muestra, en el ámbito quizá más especializado de lo económico, el énfasis en los aspectos materiales del mundo moderno cuenta con las reflexiones que han supuesto el marco interpretativo del consumo y del paradigma de la «revolución industrial». Incluso en los estudios más concretos sobre lo financiero, la apelación a las variables biográficas y al análisis de redes de intereses deja margen a la ponderación social. La agencia de los actores históricos incardina la mayoría de contribuciones políticas y culturales, destacando la dimensión de la experiencia, los patrones de percepción del cambio y las interpretaciones de época por parte de los protagonistas individuales y colectivos en una visión cada vez más mediatizada por lo individual de la sociedad. Finalmente, se subraya la capacidad de transformación de la cultura, las creencias o el género entre los mecanismos causales de la historia o pautadores de la velocidad transformativa de los procesos, a menudo en un enfoque micro que gana valor de síntesis a través de la apuesta comparativa.

Desde la perspectiva del encuentro que nos ocupa, en la evolución reciente de la historia social sobre la época moderna en el mundo hispánico, hay tres elementos que

---

<sup>4</sup>JUDT, Tony: «A Clown in Regal Purple: Social History and the Historians», *History Workshop*, 7, 1979, pp. 66-94.

<sup>5</sup>SUNY, Ronald G.: «Back and Beyond. Reversing the Cultural Turn?», *American Historical Review*, 107:5, 2002, pp. 1.476-1.499.

<sup>6</sup>MOLLIER, Jean-Yves: *Dictionnaire du littéraire*, París, PUF, 2002, p. 266-267; en el original: «discipline carrefour».

conviene destacar y que son característicos de nuestra disciplina. En primer lugar, pese al consenso sobre la preponderancia de los enfoques de la historia social sobre la historia general, se encuentran a faltar las grandes síntesis de autor sobre la sociedad moderna; al estilo de la trayectoria de Antonio Domínguez Ortiz, sin que podamos dejar de mencionar los hitos de Pegerto Saavedra, Teófilo Ruiz, Alberto Marcos o, en otro orden, Antonio Miguel Bernal. Las obras de carácter colectivo, producto de la colaboración de grandes especialistas o de grupos de trabajo, han proliferado pero no han dejado menos en evidencia la pérdida del plus de reflexión teórica y de ensayo tan necesarios en nuestro oficio. En segundo lugar, todavía no ha superado un escollo importante que se va manifestando en la evidencia de diferentes tiempos historiográficos a ambas orillas del Atlántico desde fines del siglo XX. Mientras que en los años setenta lo que podríamos denominar la historia social clásica, de acuerdo con la perspectiva de análisis del Antiguo Régimen europeo, daba lugar a una explosión de campos especializados, comenzaba en el mundo latinoamericano el acceso masivo a los archivos nacionales y el aprovechamiento intensivo con nuevos métodos de la documentación del Archivo General de Indias para el período colonial. Se ha producido una pérdida de sincronía entre las prioridades y objetivos de estudio sobre lo que debía ser un marco común de trabajo hispanoamericano. El resultado, frente al pronóstico apresurado de retraso de las historiografías hispanoamericanas, que supusiera recaer de nuevo en el tópico de la disputa del Nuevo Mundo del siglo XVIII, ha sido la constatación de que parte de la mejor historia social del mundo hispánico moderno se realiza hoy desde la academia iberoamericana, con aportaciones originales incluso sobre temáticas de historia «peninsular»; en este sentido, la labor del grupo *Magallánica* creemos que es encomiable. Y debería añadirse un tercer elemento, el referido a la necesidad de superación de toda restricción identitaria del investigador. Debe reconocerse que el ámbito de lo español se ha desequilibrado hacia lo hispánico. No nos referimos al espacio geográfico o cultural de estudio, que ha comenzado a incluir finalmente lo ibérico (Tamar Herzog sobre las fronteras, Federico Palomo sobre itinerancias individuales y colectivas, o el proyecto *Columbaria*) sino a la trascendencia de las aportaciones venidas desde fuera de España, con los hispanismos que siguen alimentado con novedad nuestra historia moderna, con valiosas contribuciones que siguen la senda de temas clásicos sobre España y Europa, pero que destacan por una apuesta por los enfoques comparativos y globales (Guillaume Gaudin).

A modo de balance general, para presentar esta conversión a lo social que afecta la historia moderna en sus facetas plurales, podrían plantearse tres cuestiones sobre las que reflexionar brevemente: la incidencia de nuevas y viejas fuentes documentales, en algunos casos sometidas a una reevaluación original; la centralidad de la ecuación individuo-comunidades en las líneas de trabajo; los cambios de escala geográfica en las investigaciones.

En primer lugar, si vamos *ad fontes*, un aspecto destacado es el trabajo sobre nuevos indicios documentales o la reevaluación de archivos y textos desde el dominio de la paleografía. Archivos privados, usos de la arqueología, explotación de los recursos iconográficos y de lo visual, lo gustativo o lo sonoro a partir del análisis de los documentos han permitido una mejor reconstrucción del pasado. La combinación de las fuentes literarias y los métodos de la filología otorgan evidentes ventajas a lo interdisciplinar. Las palabras y los conceptos, las expresiones culturales y los géneros de la narración, la



pragmática del discurso de las élites o de los grupos populares, ricos y pobres, mujeres y hombres, lo público o lo privado han abierto horizontes de reflexión e interpretación inéditos.

Esta apetencia del historiador social por encontrar el rastro del ser humano en el pasado, a la manera de la fábula del ogro recordada por Marc Bloch o como el furtivo cazador de Michel de Certeau, no puede desvincularse del éxito de los nuevos medios de difusión y de divulgación. La transferencia de conocimiento histórico mediante rodajes de series y documentales o las recreaciones con participantes reales o en entornos virtuales, siempre realizadas desde la honestidad de la exigencia científica, están saldando viejas deudas de reconocimiento mutuo entre academia y sociedad. La referencia en la conferencia del coloquio al documental «Gurumbé. Canciones de tu memoria negra» (Miguel Ángel Rosales, 2016), creo que merece ser recordada como ejemplo.

En otros términos, este auténtico alud de fuentes y de sus posibilidades complejas de procesamiento, en lo que se ha denominado el nuevo «big data», supone un reto para el investigador que debe ser abordado en equipo y en el marco de las humanidades digitales. A partir de estas premisas se podrá disponer de elementos para la reflexión y, sobre todo, establecer estadísticas globales de corpus que pueden ser inmensos. Sin embargo, también se debe ser consciente de las limitaciones de diversa índole que afectan a estas iniciativas. Esencialmente, el coste elevado de estos proyectos, que necesitan un recurso a fuentes no públicas de financiación (otro de los retos globales para los historiadores españoles, demasiado dependientes de los programas de investigación estatales, autonómicos; dejando al margen, los logros complicados de proyectos europeos), aunque asimismo deba superarse el imperativo actual de la productividad científica que mide los parámetros de valoración de la carrera académica y que afecta negativamente a estas iniciativas que precisan de trabajo colectivo a largo plazo, y cuyos resultados no pueden competir con unos criterios que favorecen la producción escrita, el artículo frente a la monografía.

En segundo lugar, debemos abordar la cuestión de la centralidad de las relaciones entre individuo y comunidades en la historia social reciente. Por supuesto, la cuestión del individuo es inevitable en toda recapitulación historiográfica: sea por su afirmación frente a la colectividad desde el uso de los egodocumentos, a la búsqueda de todas las huellas de individualidad y autoreflexión posible; sea desde su incorporación a la comunidad, a la afirmación de una capacidad de actuación (agencia) en relación con las formas de individuación reveladas por la historiografía. En ambas opciones, el peso de la antropología es inmenso, aunque con derivaciones problemáticas de ese «antropocentrismo», puestas de manifiesto recientemente.<sup>7</sup>

La historia de las minorías sociales y sus integrantes, en relación directamente proporcional con su incidencia en los debates políticos y culturales de nuestra actualidad, continúa siendo un campo de trabajo constante. Se ha mantenido el interés por las minorías y discriminaciones tradicionales derivados de problemáticas y fenómenos de diferenciación

---

<sup>7</sup>ANHEIM, Étienne: «L'historien au pays des merveilles? Histoire et anthropologie au début du XXI siècle», *L'Homme*, 203-204, 2012, pp. 399-427. La celebración de lo marginal en sí mismo y por sí mismo corre el riesgo de caer en el «foucaultismo pop» que planteara Robert Darnton, con los excesos del argot conceptual y el efectismo del eclecticismo (DARNTON, Robert: «Pop Foucaultism», *New York Review of Books*, 9 de octubre de 1986, pp. 15-16)

socioeconómicos y religiosos. El reclamo de una historia popular que reivindicara la construcción de las diferencias sociológicas contemporáneas con sus medios de inclusión y exclusión fue precisamente una de las señas de identidad de la irrupción de lo social, aunque la insistencia en transgresiones y marginaciones haya provocado una centralidad de lo periférico, que nunca fue una excrecencia de lo social, pero tampoco se hizo norma. Como excelente antídoto, la dimensión proporcionada por el examen de la vida cotidiana evita simplificaciones. Del mismo modo, el concepto de mediación y de estrategias de carácter endocultural o transcultural frente al maniqueísmo de la aculturación han revisado el discurso historiográfico sobre estas nuevas formas de sociabilidad basadas en las experiencias contrastadas de esclavos, libertos, indígenas o del mundo plural de los mestizajes. En esta línea, cabe destacar el modo como se ha superado la limitación de considerar los procesos de racialización como aparecidos a finales del siglo XIX, para poder considerar las variables religiosas, científicas y filosóficas de la raza o la etnia durante la época moderna a partir del aristotelismo, la escolástica, la teología moral o la teoría de los humores de la primera ciencia.

Aunque un lugar específico en este apartado, merezca todo lo relacionado con las emociones y la perspectiva de género. Las emociones y los sentimientos, en realidad nunca ajenos al interés del historiador pero durante mucho tiempo vinculados solamente al análisis de figuras concretas y de cierto relieve, se estudian ahora desde sus manifestaciones físicas, su capacidad de expresión de opiniones y conocimientos, el papel en las evaluaciones morales del individuo o la orientación concreta de sus acciones. El género ha ido perdiendo su identificación primera con la historia de las mujeres y descargándose de su agenda política, para orientarse hacia una historia de las identidades y prácticas sexuales y de rol a lo largo de la historia moderna, incluyendo como áreas de estudio destacadas la feminidad y la masculinidad, e incluso la transexualidad, con las recurrentes aproximaciones a estudios de casos, como el de Eleno Céspedes (nuestro particular Chevalier d'Éon), los indios lecheros de las expediciones científicas del siglo XVIII o la controvertida Catalina de Erauso. El plano del género acaba teniendo aplicaciones insospechadas hace sólo unas décadas, como toda la reciente producción de ensayos sobre la construcción antrópica de los ecosistemas y paisajes, en especial en la historiografía iberoamericana, a partir de la recuperación de fuentes conocidas. Como derivación, los escritos de viajeras o mujeres de élite sobre mujeres populares o indígenas acaban proporcionando un relato original de «la otra sobre la otra».

Esta reivindicación de figuras concretas se engarza con la proliferación de biografías, que tanto abundan en la última década, con proyectos editoriales como los patrocinados por la Fundación Juan March, sobre españoles y españolas eminentes. Si la microhistoria había abierto las puertas a considerar el pasado como un mosaico de pequeñas (y sesgadas) historias, las recientes biografías presentan siempre la trayectoria del personaje como sujeto a un mundo y sus gentes. Este carácter siempre coral supone la reclamación de la persona y de la época, poniendo en evidencia el marco de relaciones materiales e intelectuales. Y, por supuesto, proyectando el interés del individuo como sujeto de reflexión histórica en sí mismo, con un análisis convincente de la fuerza del colectivo en la construcción de una identidad histórica, para hacer frente a las grandes conceptualizaciones de la historia esencialista nacional. Asimismo, en muchos casos, la biografía se ha mostrado también útil en el rescate de los más o menos anónimos, con las

aportaciones sobre Marina-Malinche, Micaela Villegas-Perricholi, Juan Latino, Fernando Tenamaztle o el universo familiar de las Tocto peruanas.

Finalmente, en tercer lugar, como tendencia reciente parece necesario mencionar la superación de espacios geográficos tradicionales y de hacer de la historia comparada un marco de aplicación de los métodos de la historia social. Las gentes en movimiento en el seno de una Monarquía Hispánica formada por procesos de agregación, pero en absoluto estanca en cada uno de sus territorios políticos o virreinos sino atravesada a lo largo y ancho de sus fronteras confesionales dando pie a fenómenos de coexistencia y vecindad (José Javier Ruiz Ibáñez), han conducido a excelentes trabajos sobre todo de carácter comparativo. Citemos, solamente los contrastes entre Tlaxcala y Murcia (Ana Díaz Serrano) o Trujillo de España e Indias (prólogo de la trayectoria brillante de Gregorio Salinero). En otro orden, también debe considerarse en esta óptica la voluntad por reivindicar el valor de los espacios periféricos en la escritura del gran relato de la historia imperial, con aproximaciones sociales, políticas y religiosas que ya encontrábamos en la obra de Fernando Ortiz sobre la negra Leonarda en el siglo XVII y los ecos ahora suscitados por Romain Bertrand con el niño Diego en las Filipinas del siglo XVI.

Como reflexión final, sería difícil señalar tan sólo una de las contribuciones de este coloquio como ajena al campo de la «historia social». Aunque en muchos de estos trabajos lo cultural no abandona lo social; en sus distintas perspectivas, los estudios económicos, políticos o de cualquier otra índole acaban suscribiendo conclusiones afines a la teoría y metodología de la historia social. Los estudios de caso, la historia comparada, la biografía o la prosopografía van relacionando temas, ideas, objetos e individuos con su contexto social.<sup>8</sup> Los estudios de caso impiden generalizaciones abusivas al superar las cambiantes categorías sociales y políticas del mundo estamental moderno, dan margen al análisis de la problemática de la movilidad social (ascendente y descendente), así como a la movilidad geográfica (del campo a la ciudad o, cada vez con mayor relieve, la relacionada con diásporas religiosas, viajes o migraciones a larga distancia). La historia comparada ha seguido desmitificando los discursos nacionalistas que alumbraron la historiografía contemporánea en el siglo XIX y ha ido erosionando el concepto de fronteras delimitadoras entre soberanías, religiones y culturas para dejar paso a los fenómenos de la mediación y la conexión. La prosopografía, en el sentido de biografías colectivas, ha permitido que hayan aflorado dinámicas de promoción y cambio social vinculadas a fenómenos de solidaridades y vínculos colectivos, limitando el peso de las trayectorias individuales.

Por supuesto a cada método se podrán contraponer unas limitaciones evidentes. Los estudios de caso bordean el riesgo de crear nuevas normalidades a partir de procesos vitales y de contextos demasiado concretos, con una ruptura respecto a mínimos determinismos estructurales. La historia comparada, basada en la contraposición sistemática, se sigue limitando a establecer análisis entre escenarios diversos, sin dar el paso decisivo de atender a comparaciones entre épocas distintas, tal y como se ha venido planteando en otras historiografías. La prosopografía está afectada por los problemas de documentación

---

<sup>8</sup> Cf. BURKE, Peter *Pérdidas y ganancias. Exiliados y expatriados en la historia del conocimiento de Europa y las Américas, 1500-2000*, Madrid, Akal, 2018, pp. 21-23.

suficiente, que limita su aplicación a grupos determinados y que nunca podrá tener aspiraciones interpretativas globales.

La historia social no es la panacea, aunque conviene recordar que, estando en el propio origen de la historia como síntesis, sí que tiene aspiraciones legítimas a ser una explicación íntegra de las relaciones, prácticas y reflexiones de las colectividades humanas en tiempo y espacio.<sup>9</sup> Como punto de unión entre las diversas aproximaciones temáticas y como campo de encuentro de contribuciones interdisciplinares, la situación actual de la historia social es compleja. La crisis del paradigma historiográfico de fines del siglo XX parecía cuestionar la primacía de lo socioeconómico en la explicación del pasado y los grupos sociales se diluían en nuevas configuraciones a partir de criterios de género, origen, edad, confesión, etc. Como las humanidades en su conjunto, la historia social se vio afectada por el giro lingüístico, que sublimaba la escritura del pasado como relato (ni científico ni subjetivo, ni simbólico ni objetivo) y conculcaba los principios explicativos considerados hasta entonces como académicos. La historia cultural y la floración de nuevas conceptualizaciones en la historia política o en la historia religiosa también pasaron factura a la historia social, al menos entendida como enfoque privilegiado. En realidad, no debe suscitar extrañeza. Era inevitable que el cuestionamiento de la historia y de las humanidades no afectara de pleno al campo de estudio histórico por antonomasia. De explicar el pasado en sus causas y condicionamientos a comprenderlo dotándolo de sentido, no obstante, las maneras distintas de hacer historia parecen a comienzos del siglo XXI restaurar el papel de la historia social en su vertiente de campo de convergencia de nuevas metodologías y nuevos retos interpretativos. Como factor nuclear en la explicación del pasado y como clave en la superación de los marcos nacionales contemporáneos, lo social vuelve a ser lo relevante. No como fin explicativo en sí mismo sino como el primer fundamento de todo estudio histórico que se valga. De tal manera que, ante la reflexión sobre cómo orientar una historiografía en crisis, nuestra hipótesis de trabajo más plausible sería pensar que, en gran medida, fuera porque «no hay nada nuevo, excepto lo que se ha olvidado». Esto es, que la propia historia social como sucesión de posibilidades más o menos realizadas de la humanidad es una simple metáfora de la historia y es preciso tenerla siempre presente. La historia social existe porque se confunde con la misma historia y estas páginas preliminares a la sección «Sociedad» son solamente una estimación de un camino recorrido colectivamente. La calidad de las comunicaciones que se presentaron a lo largo del congreso y el entusiasmo de los participantes son, al fin y al cabo, la mejor constatación del excelente estado de la historia social.

---

<sup>9</sup>DELACROIX, Christian: «Histoire sociale», en DELACROIX, Christian et alii, *Historiographies. Concepts et débats*, París, Gallimard, 2010, vol. I, pp. 420-435. ROBERT, Jean-Louis: «Histoire sociale», en GAUVAUD, Claude y SIRINELLI, Jean-François (eds.), *Dictionnaire de l'historien*, París, PUF, 2015, pp. 368-371.